

(PRE) PUBLICACIÓN

POR QUÉ SOY INGLÉS Y APOYO A «LA ROJA»

Nacido junto al Bernabéu, Jimmy Burns Marañón, el escritor angloespañol nieto de don Gregorio, cuenta su viaje personal por el fútbol hispano. Hinchado del Madrid, se convirtió en culé por Cruyff y ya es de «La Roja» de Del Bosque, que hoy debuta

Culpo a Mendizábal de mi duradera obsesión con el fútbol español. Uno de los momentos cruciales fue cuando acudí, junto a él, a una escuela primaria de Londres en 1960, como parte de mi educación angloespañola.

Él era un chico español de orígenes vascos (sólo recuerdo llamarle por su apellido), quien, al personificar todas las virtudes viriles y marciales de la *Furia* de la selección española de la época, interrumpió brutalmente mi primer intento serio, a los siete años de edad, de abordar el juego como un artista.

Mendizábal, más alto que yo y dos veces más pesado, me entró por detrás y me mandó dando vueltas sobre el terreno congelado de un campo de juego escolar cerca de Hammersmith Bridge, en Londres. Mis sueños de convertirme en un futbolista profesional se evaporaron el día que la bota de Mendizábal rompió mi carrera con la misma facilidad que el molino destruyó la lanza de Don Quijote.

Ahora veo que mi experiencia en el fútbol español estuvo marcada desde el día que llegué al mundo. Nací en Madrid de una madre española (castellana), hija del gran hombre de las letras, Gregorio Marañón, y de un padre, Tom Burns, con una mezcla de sangre escocesa, inglesa, vasca y suramericana.

Podría haber pasado esos años de mi temprana infancia en un estadio londinense o convirtiéndome, como Mendizábal, en un fan del Athletic de Bilbao, de no haber sido por el hecho de que mi padre, que pasaba gran parte de su tiempo en Inglaterra, nunca estuvo interesado en el fútbol.

En su edad adulta perdió del todo el interés en el deporte. Pasó los años de guerra en Madrid haciendo de espía en vez de ver jugar al mítico futbolista Stanley Mathews y luego dedicó los ratos libres

del resto de su vida a los libros, las pinturas y el ajedrez.

Pero el colegio, las vacaciones en España y luego el trabajo como periodista me dieron muchas oportunidades de ver jugar a españoles de todas las edades, y parecía que jugaban mucho al fútbol, fuera cual fuera el régimen en el poder. Si el argentino Alfredo Di Stefano fue mi primer héroe futbolístico, fue porque pasé largos periodos de mi infancia junto a mi madre en Madrid, en los años 50, viviendo en un gran bloque de apartamentos en la Castellana que compartíamos con mis abuelos y varias tías. Era una época en la que la selección española apenas hacía ruido más allá de sus fronteras, pero fueron años dorados para el Real Madrid, cuando el club atrajo una hinchada entusiasta que desafiaba las trincheras políticas y nacionales.

Mi madre fue una madridista de por vida y ni en sus últimos días pudo entender por qué mis lealtades nunca estuvieron ancladas permanentemente en el Bernabéu. La respuesta era que mientras que el hospital en el que llegué al mundo sangrando y gritando se encontraba a un par de manzanas del Bernabéu, mi madre nunca me acompañó al estadio. En cambio, me llevó a corridas de toros y mis visitas al Bernabéu dependían de esporádicos actos de generosidad de un viejo amigo de mi abuelo Gregorio.

Recuerdo mi primera visita al Bernabéu y echar un vistazo al gigante estadio. Me pareció más grande que cualquier catedral, ensombrecía todos los edificios de los alrededores, y me emocioné. Tener una sola gota de sangre española en los años 50 significaba ser consciente de que Di Stefano era el mejor jugador de la historia, y el Real Madrid el mejor equipo. En esos días, el Real Madrid era una fábrica de goles y sus jugadores luchaban como leones para marcar tantos goles como pudieran. Y era de Di Stefano de quien co-

leccionaba los cromos en los menos días en que me dejaban imaginándolo.

Acabé descubriendo que la atmósfera de Las Ventas y la del Bernabéu pueden ser muy parecidas. Di Stefano acarrea sobre sus hombros el destino de su deporte igual que una estrella del toro el de las



MADRIDISTA

El autor fue fan de Di Stefano en su infancia. En la imagen, el día de su primera comunión.

corridas. Luego percibiría otras analogías entre el toro y el fútbol español: en la furia y la elegancia, en la estocada perfecta y el gol perfecto, en los muletazos desordenados y los pases fallidos, en la facilidad con que las emociones del público podían pasar de los aullidos de celebración a una letanía de insultos, en el sentido de vida y muerte, en la precariedad de los logros. La única diferencia era cómo se usaban los pañuelos blancos.

En la edad adulta, mis horizontes se ensancharon política y profesionalmente, y seguí el fútbol español donde quiera que sentía que se jugaba mejor, y eso supuso visitas a San Mamés y el Camp Nou, sin nunca perder de vista el Bernabéu cuando jugaba la *Quinta del Buitre*, o luego los *Galácticos* con Beckham. Cuando era un periodista joven que trabajaba en un documental para la televisión británica sobre la transición española a la democracia, vi cómo Johan Cruyff personificó el despertar político de un país, mientras ejercía su embrujo sobre el fútbol español. Me convertí en un culé, un proceso que se profundizó en años recientes bajo Guardiola, el *seny* místico que Mourinho nunca pudo ser. También me hice amigo de Vicente del Bosque, un hombre sabio de Salamanca.

Otro gran sabio, don Miguel de Unamuno —cuya mente intelectual floreció en Salamanca— tenía poco tiempo para el fútbol. Creía que distraía a los españoles de pensar en las cosas realmente importantes, como el amor y la muerte, Dios y, sobre todo, la naturaleza de España. «El público de los partidos... es aquí el mismo que el de las corridas de toros y no más culto», escribió en 1924.

Pero Del Bosque ha sabido convertir a *La Roja* en un símbolo de la España democrática, de reconciliación, tolerancia y creación, donde tanto vascos y catalanes como sevillanos y castellanos integran un proyecto capaz de entusiasmar al mundo. Y eso sin perder su nobleza y humildad, este ex jugador y entrenador del Real Madrid, que honra lo mejor del Barça, y del Madrid por supuesto, a pesar de sus rivalidades.

El legendario Santiago Bernabéu de mi niñez solía decir que los castellanos eran más cojonudos y más completos que los demás españoles. Pero Del Bosque, cuando yo ya era mayor, definió a la gente de su tierra así: «Yo diría que somos gente responsable, algo augusta, fría, bastante serena, sin grandes excentricidades».

Fueron los ingleses y los escoceses los que trajeron el fútbol a España, pero el fútbol español que juega *La Roja* ahora tiene entre sus fans más apasionados al anglo-español que escribe estas líneas.

> «La Roja», de Jimmy Burns Marañón, se publica esta semana en Reino Unido (Ed. Simon & Schuster).

SEGUÍ AL FÚTBOL DONDE MEJOR SE JUGABA: SAN MAMÉS, EL CAMP NOU, EL BERNABÉU DE LA QUINTA DEL BUITRE...

DEL BOSQUE HA CONVERTIDO A LA ROJA EN UN SÍMBOLO DE LA ESPAÑA DEMOCRÁTICA Y DE LA RECONCILIACIÓN